



# BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEÓN

## Bendición Papal

NOS EL DR. D. FRANCISCO GOMEZ-SALAZAR Y LUCIO-VILLEGAS,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE LEÓN, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES  
DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIAN, ETC. ETC.

HACEMOS SABER: Que Su Santidad el Papa León XIII (q. D. g.) por Breve dado en Roma á 11 de Junio de 1886, se dignó concedernos la facultad de bendecir solemnemente al pueblo con indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados dos veces cada año; en el día de la Pascua de Resurrección y en otro que designemos, según tengamos por conveniente.

En virtud, pues, de la facultad mencionada y deseando proporcionar á los fieles, nuestros muy amados hijos en el Señor, todos los bienes espirituales que están en nuestra mano, hemos dispuesto dar la expresada bendición Apostólica después de la Misa Pontifical, que, Dios mediante, celebraremos el día de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, en nuestra Santa

Iglesia Catedral, esperando que los fieles procurarán aprovecharse de esta gracia tan especial, disponiéndose con los Sacramentos de Penitencia y Comunión.

Dado en Nuestro Palacio Episcopal de León á 30 de Noviembre de 1899.

† FRANCISCO,  
OBISPO DE LEON.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,  
Dr. Adolfo Pérez Muñoz,  
Canónigo Secretario.

—→→→→|←←←←—  
Á NUESTROS DIOCESANOS  
—→→→→|←←←←—

Con palabras llenas de admiración profunda y veneración sincera encarece el Apóstol el gran misterio de la Encarnación del Verbo Divino, principio de nuestra grandeza presente y prenda de nuestra futura elevación y eterna gloria, cuando, escribiendo á uno de sus más amados discípulos, le decía *«Et manifeste magnum est pietatis sacramentum quod manifestatum est in carne, justificatum est in spiritu, apparuit angelis, praedicalum est gentibus, creditum est in mundo, assumptum est in gloria»* (1) En donde, si atentamente consideráis la vehemencia del afecto y la tierna solitud que mueve la pluma del Apóstol, claramente veréis el decidido empeño de gravar hondamente en el corazón de los hombres la memoria de este beneficio inmenso, tanto más grande y admirable cuanto más lejos estuvimos de merecerle.

Misericordia de las misericordias divinas, sacramento inefable de la piedad del cielo que jamás debiera apartarse de nuestras almas es sin duda la Encarnación del Verbo

(1) 1.<sup>a</sup> Tim. 3, 16.

Increado, obra verdaderamente divina que excede los más ambiciosos deseos del corazón del hombre y que después de realizada abisma el espíritu con su grandeza incomprendible.

Cuarenta siglos habían pasado desde aquel día cruelmente memorable en que el hombre había roto los lazos de amor que le unían con el cielo y había apagado la luz de la gracia que iluminaba su felicidad en la tierra, cuarenta siglos en que los hijos de Adán abatidos y culpables levantaban sus ojos llenos de ansiedad por ver si lograban á través de las tinieblas de aquella noche angustiosa, columbrar el Oriente que había de esparcir sus risueños albores sobre todo hombre que viene á este mundo, cuarenta siglos en que los justos orando fervorosamente clamaban con el Profeta *«mándanos Señor el Cordero dominador de la tierra desde las arenas del desierto hasta el monte de la Hija de Sión,»* y después de tan larga expectación y tan ardientes súplicas aparece el Sol de Justicia y León de Judá, pero tan escondido y velado por las nubes de la humana flaqueza, tan oscurecido y falto de resplandores que anuncien su elevado y eternal origen, que su llegada pasa inadvertida para los hombres y los suyos no quieren reconocer en aquella humildad y abatimiento al Rey de esplendente gloria y soberana majestad que por tantos siglos se les había prometido. ¿Ni quién, á no estar avisado, como los pastores de Belén, por las voces de los ángeles, ó, como los magos, por la estrella luciente que guía sus caminos, ó, como Ana y Simeón por la luz interior del Espíritu Santo, había de reconocer al Rey de los cielos, ante cuya majestad se abaten las angélicas jerarquías, en aquel tierno y delicado infante confiado á la maternal custodia de una niña, si bien dotada de angelical hermosura, desconocida entre los grandes de la tierra y esposa de un sencillo carpintero?

¡Oh juicios incomprensibles de Dios y misterios ocul-

tos á los ojos carnales de la humana soberbia! oh grandeza inefable y misericordia digna de la eterna adoración y rendido tributo de gracias por todos los siglos!

El hijo de Dios, resplandor de la gloria, desciende á la tierra y la tierra no salta de gozo y sigue indiferente su curso ordinario, el Rey de los cielos se hace hombre para comunicar al hombre sus grandezas y el hombre le desprecia y desconoce, el criador se abate hasta sus criaturas y estas permanecen mudas y calladas sin entonar un himno de alabanza y bendición que llene los espacios infinitos y repercuta en los mundos sin fin que salieron de su mano creadora... *“In propria venit et sui cum non receperunt...” Et Verbum caro factum est et habitabit in nobis*, dice San Juan, y el labio del hombre no puede añadir una sola frase que no venga á envilecer ó desfigurar tanta belleza.

El vacilante espíritu del mortal se siente sobrecogido de pavor santo cuando se acerca á contemplar este abismo de misericordias y desfallecen sus fuerzas y su lengua de carne no encuentra palabras para alabar tan estupenda maravilla y cae de hinojos para adorar lo que no acierta á comprender y aun rendido y postrado y deshecho en lágrimas de la más tierna gratitud y dulcísimo afecto jamás adorará suficientemente esta dignación inefable del Verbo Divino que humillado y pobre sale al encuentro en su mismo traje y figura al hombre pecador para levantarle á la altura de la gloria en un abrazo entrañable y eterno. ¿Qué mucho que el Apóstol quisiera gravar su memoria en el alma de todos los fieles?

Se acerca, amadísimos hijos, el aniversario de tan elevado misterio de amor y misericordia y la Iglesia nuestra madre, inspirándose en su caridad inextinguible nos invita á festejarle de un modo conveniente y á recibir al Rey de la gloria con los honores devidos á tan soberana majestad y la ternura y afectos que merece amor tan rendido y apasionado. El niño de Belen no es ya para nosotros el miserable é indigente hijo de María que nace desnudo de todo humano esplendor en el portalito desierto y abandonado, no es un huésped ordinario y molesto á quien podemos dejar pasar inadvertidos sin darle pruebas de nuestra gratitud; es la grandeza soberana que

por nosotros se humilla, es la riqueza substancial que por nosotros se empobrece, es el Bienaventurado y felicísimo en esencia que por nosotros se abraza con los tormentos y la muerte y tiritita de frío en un lugar desabrigado y pobrísimo. ¿Será posible que después de conocer su grandeza y haber experimentado su caridad inagotable aun permanezcan fríos é ingratos nuestros corazones y no encuentre en nosotros correspondencia y pago su desprendimiento su amor y su ternura?

Desgraciadamente para nosotros, son muchos, amadísimos hijos nuestros, los cristianos que olvidan este beneficio incomparable de la misericordia divina, son muchos los que, como los judíos, no quieren conocer y recibir á Cristo y le desprecian ingratos ó le blasfeman impíos sin escuchar las voces dulcísimas con que llama á sus almas, ni advertir los brillantes resplandores que cercan su cuna; hoy más que nunca, cuando el mundo y la sociedad y la familia se han formado y crecido al calor de su Iglesia y de su doctrina han recibido el soplo de vida y el espíritu gigante que les hizo levantarse del sepulcro y postración mortal en que llegaron á caer en las pasadas edades, hoy en que no podrá mostrarse una empresa grande, una obra meritoria, un progreso digno de alabanza, una institución benéfica, nada en fin que haya concurrido á la felicidad de los hombres que no haya recibido su aliento y desarrollo de Cristo y de su Iglesia, hombres malvados y seducidos, esclavos de bajas pasiones y de miras, y tendencias inmorales y reprobadas, le declaran la guerra en nombre y á título de un falso progreso y una perversa libertad que son la licencia más escandalosa de todos los vicios del hombre corrompido y el retroceso brutal ó los errores groseros de la más abyecta filosofía pagana, mientras que los cristianos flojos y descuidados, ó amantes de sus propias comodidades, ó insensibles para los males y peligros de las almas de sus hermanos, nada hacen por su parte para evitar la propagación de esta peste mortífera y poner un dique á este torrente sucio y cenagoso que amenaza acabar con nuestra religiosidad y devoción antigua como acabó ya con nuestra grandeza material y nuestra unidad católica, base firmísima de nuestra fuerza entre las naciones y de nuestras cristianas virtudes.

Ahora bien, amados hijos nuestros, *Hora est jam nos de somno surgere* (1) os diré con el Apóstol: si la fé de nuestros padres tiene cabida en nuestros corazones y la piedad española aun se conserva en nuestros pechos, sacudámos esta criminal indiferencia y pesadísimo sueño y prepáremos á trabajar cuanto nos fuere posible contra el enemigo que por todas partes nos amenaza y singularmente á templar nuestras armas al calor santo del corazón de Jesús en el día memorable de su Natividad.

Los ayunos del Santo tiempo de Adviento y la mayor devoción en nuestras prácticas y ejercicios piadosos sean para nuestras almas preparación conveniente para tan santos fines. Los párrocos por su parte promuevan en este Santo tiempo las obras de piedad y las funciones religiosas, los fieles procuren con buenas obras y santas mortificaciones arrancar de su corazón la eizaña de los vicios para que las bendiciones del cielo se derramen con abundancia y las virtudes florezcan y dén frutos de bendición y gracia.

Un nuevo y poderoso estímulo debe añadirse este año á los muchos que tenemos para celebrar con pureza la gran fiesta de la Natividad del Señor, á saber: el año Santo que se aproxima y en el cual podremos obtener gracias extraordinarias y beneficios incalculables; haced pues, amadísimos hijos, de modo que este Santo tiempo sea medicina saludable y preparación conveniente para haceros dignos de los celestiales dones que con mano generosa derramará en vuestras almas el Rey de los cielos, el León de Judá, el Hijo de María que por nuestro amor se abatió hasta hacerse hombre y vivir en la tierra para levantarnos á las grandezas del cielo: que os desea con todo su corazón, vuestro Prelado bendiciéndoos en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu Santo † Amén.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

*Los Párrocos y encargados de las Iglesias de esta nuestra Diócesis leerán á los fieles esta exhortación el primer día de fiesta inmediato á su recibo.*

(1) Ap. ad rom. 13.

Por considerarlo pertinente y aplicable á la actualidad transcribimos un Párrafo que en la Biografía del Prelado D. Pedro Luís Blanco, se halla escrito á la pág. 235 y siguiente del tomo 2.º del Episcopologio recientemente anunciado en este BOLETÍN DEL CLERO: es como sigue

«En este citado año de 1808 mostróse al descubierto el tenebroso plan que ya antes había concebido y amañado el astuto y taimado Napoleón sobre el destino de España y Portugal. El pueblo Español que se apercibió de la estudiada invasión de las tropas del falaz Emperador y de la esclavitud que le amenazaba dió el grito de alarma primero en la Corte el 2 de Mayo y luego en todas las provincias. Los Prelados que á no dudar se hallaban animados por un mismo espíritu y amor nacional, no descuidaron secundar la voz del pueblo, y animarlo en Cartas Pastorales no solo al orden sino á la unión para la más segura defensa de la Religión y la Patria. Uno de estos centinelas avanzados de Israel, uno de estos caudillos, lo fué nuestro Obispo de León, el señor D. Pedro Luís Blanco, que en una muy sentida, razonada y muy estensa Carta Pastoral dirigida en 22 de Septiembre de 1808 á todos sus diocesanos, después de protestar con Apostólica firmeza contra las sacrílegas profanaciones de los soldados de Napoleón, y ordenar á todos, Pastores y fieles, funciones religiosas para desagraviar á la Magestad Divina, por tantos ultrages á la Religión, moralidad y á la Patria, irrogados por los invasores, y mostrar á las claras el tenebroso plan del Caudillo francés, recomienda el celoso Prelado con instancia la unión de todos los Españoles, la oración y la confianza en la Providencia del Señor. Léase con interés tan importante Pastoral que por Apéndice ponemos también íntegra al final de este segundo tomo, y se verá todo el mal que auguraba el sabio Pastor si faltaba entre los Españoles la verdadera unión, y cayésemos en la tentación de mirar con ojos de indiferencia el desacuerdo ó la división que es precisamente el fin intentado por la taimada secta que ha llegado á emponzoñar hasta la atmósfera que hoy casi todos respiramos: Ya se comprenderá que nos referimos al liberalismo, de cuyo huésped un célebre publicista que es una de las glorias de nuestra España y de

